

## ALARCON, «EL ESCANDALO» Y EL ESCORIAL

A capital de España está, lógicamente, llena de recuerdos literarios. En esta calle de Santa Clara se mató "Fígaro", en ésta de Santa Teresa murió Zorrilla, en ésta de Velázquez vivían y escribían los Quinte-

ro... Aquí estuvo el torreón de Gómez de la Serna, y en esta casona creaba y conversaba Eugenio d'Ors. Madrid es, explicablemente, un extenso museo literario, en el que puede hallarse la huella de muchas vidas de escritores.

Menos conocida es, en cambio, esa huella en las tierras de la provincia. Generalmente, cuando se habla de lo literario en la geografía madrileña, la referencia se limita a contados nombres y lugares: Cervantes y Alcalá, Santillana y la Sierra, Mena y Torrelaguna... Es un recuerdo que viene de lejos; un recuerdo —diríamos— tradicional y clásico. Pero en el mapa literario de la provincia hay otras huellas más recientes, menos conocidas. Es éste, en buena parte, un recuerdo palpitante aún, caliente de sueños y trabajos, de latidos humanos, de palabras cuyo eco nos llega todavía.

### UNA NOVELA DOS VECES INTERRUMPIDA

Don Pedro Antonio de Alarcón concibe la idea de su novela "El escándalo" a raíz de la muerte del padre. El escritor cuenta entonces treinta años. Bajo el dolor nace en él la idea de un relato de locura, amor y arrepentimiento. Un hombre, una mujer, un sacerdote... Quiere Alarcón hacer una obra de afirmación religiosa, que refleje la verdad y la hondura con que él siente la fe. El tema, sin embargo, no llega a las cuartillas. Por una u otra causa, don Pedro Antonio va aplazando el momento de comenzar la novela.

Es en 1868 cuando Alarcón empieza a escribir, en la paz de Granada, "El escándalo"; esa novela que le canta en el alma desde las horas dramáticas de la muerte del padre. Dos capítulos lleva hechos el escritor, cuando el estallido de la revolución de septiembre le obliga a interrumpir la tarea.

Don Pedro Antonio, en los años que siguen, siente en su espíritu, cada vez más honda, la figura dulce y noble de Gabriela, la protagonista. La ve a través de la propia esposa, cuya silueta real será la que luego lleve al libro, transformada en aquella otra mujer llena de bondad. En noviembre de 1874 el escritor torna a "El escándalo". Empieza otra vez, como si nada hubiera escrito. Sobre la mesa del despacho se amontonan las cuartillas, que la pluma del novelista va llenando de una letra menuda, suelta, clara, muy inclinada hacia la derecha. Es real, y él mismo ha sido testigo de ella, aquella historia que va evocando en el libro. Es cierto el argumento, y viven los personajes, que él ha

conocido y tratado. La novela crece, y Alarcón siente la alegría de la labor creadora.

Mas otra vez la política obliga a interrumpir el libro. La Restauración. Alarcón es senador, ha de intensificar el trabajo periodístico. Ya llegará el momento de continuar "El escándalo", interrumpido cuando el relato no ha llegado aún a la mitad.

Mayo trae al escritor una primavera triste. Todos sus hijos están enfermos. El más pequeño, en peligro ya de muerte. Asíndose a una última esperanza, Alarcón se traslada con la familia a El Escorial, por si el puro aire serrano pudiera devolver la perdida salud al enfermito. El viaje es el día 1 de junio, y al día siguiente el chiquitín muere.

### DOLOR Y CREACION EN EL ESCORIAL

Pedro Antonio, rota el alma, ve cómo la tierra cae sobre el pequeño ataúd blanco. No quiere el escritor separarse de aquel lugar que guarda los restos del hijo. Alquila una casa cercana al cementerio y todo el verano se queda allí, bajo el recuerdo del chiquitín dormido para siempre.

Desde el día siguiente al de aquel gran dolor, Pedro Antonio vuelve a la tarea interrumpida unos meses antes. Contra la angustia humana, el arte es muchas veces alivio y pañuelo. Pedro Antonio escribe y escribe, como con calentura. Sabe que cerca de donde él trabaja duermen los restos amados. En ellos está su alma entera, mientras la pluma vuela sobre las cuartillas. Ni un solo día interrumpe ya la labor.

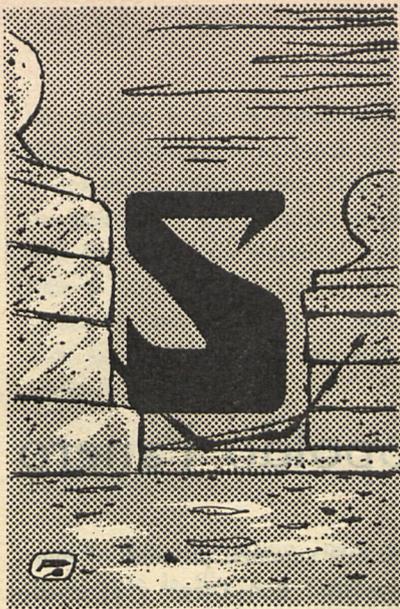
Se acuesta siempre al oscurecer. Se levanta a la una de la madrugada y se pone a escribir. Llegan desde el monasterio los latidos broncos de las campanas que cantan las horas. El silencio es hondo. La frente está en tensión, la pluma corre febrilmente y el alma es una gran luz trémula bajo el recuerdo del hijo. Sólo cuando es ya día pleno y a El Escorial vuelven las voces de la vida, interrumpe su tarea el escritor.

Alarcón traza las palabras finales del libro en la víspera del día de San Pedro. A los tres días, el 1 de julio de 1875, "El escándalo" aparece en todas las librerías de Madrid.

### DESPUES

Ha pasado el tiempo. El escritor —en su casa madrileña de la calle de Atocha— está herido de muerte. Siente don Pedro Antonio de Alarcón que su vida va a desprenderse ya del mundo. Redacta de su puño y letra la esquila mortuoria y hace testamento. Pide a su hijo que le lea "El escándalo". El hijo lee en alta voz la novela aparecida quince años antes. Alarcón escucha en silencio. Cuando la lectura acaba, el escritor dice, hablando consigo mismo y casi ya en el umbral de la muerte:

—A esta obra sólo le falta que yo muera.



# LOS QUINTERO, RICARDO LEON Y DON JACINTO

UELE decirse a veces que la vida de una capital borra y anula en los que llegan a ella las raíces entrañables: las voces del terruño, ese acento íntimo y hondo con que nos habla dentro del alma el rincón en que hemos nacido.

Pero esto no es siempre así. No siempre la agitación y la prisa de una gran ciudad apagan el soterrado temblor de las horas de infancia y de juventud. Los hermanos Alarcón, Quintero vinieron muy pronto a Madrid. Lucha, escenarios, periódicos. Mas todo esto —más intenso a medida que el tiempo pasaba— no borró en ellos el recuerdo y la emoción de la tierra natal. Eran sevillanísimos. Con más precisión aún: Utrera, donde habían nacido, no se les fué nunca del alma. Una y otra vez hablaban del pueblecito blanco. Y repetidamente cantó en sus palabras la copla tan estrechamente ligada a la villa andaluza:

*"Mira qué bonita era.  
Se parecía a la Virgen  
de Consolación de Utrera."*

## "VILLA CONSOLACION", EN EL ESCORIAL

Cuando en el estío cesaba en Madrid la vida del teatro, Serafín y Joaquín gustaban de recogerse en la paz de El Escorial. Y a la casa en que durante aquellos meses habitaban pusieron el nombre de la Patrona de Utrera. En "Villa Consolación" descansaban los comediógrafos del ir y venir por los escenarios madrileños, de la activa vida impuesta por el teatro. Porque éste no es sólo la creación silenciosa de una comedia. Hay, además, lecturas y ensayos, contacto con empresarios e intérpretes, atención a los periódicos, y visitas, y actos representativos, y mil y mil cosas distintas que se llevan las horas y el interés.

De todo esto descansaban, al llegar el estío, Serafín y Joaquín en "Villa Consolación". Claro que el descanso pocas veces era absoluto. Porque nunca faltaba la visita de un empresario que quería una comedia para la temporada inmediata, o de un actor ilusionado con un papel en la próxima obra, o de un periodista que deseaba conocer los proyectos de los comediógrafos. Pero nunca esta pequeña actividad se acercaba a la tensión de los días de Madrid en plena temporada.

Era "Villa Consolación" una casa sencilla y recogida, en la parte más silenciosa de El Escorial. En el jardincillo de entrada a la vivienda dejaban pasar las horas Serafín y Joaquín. El descanso no era, sin embargo, el ocio. Nacieron allí muchas comedias quinterianas, pensadas y planeadas en el sosiego del jardín, escritas después en el interior de la casa. Simbólicamente, "Villa Consolación" era esto —consuelo, alivio y remanso— para quienes, aun en pleno triunfo, supieron de la aspereza y la ingratitud, del zarpazo y la herida. En el silencio escurialense, cuando llegaba el estío, Serafín y Joaquín hacían aún más honda aquella noble sonrisa que ilumina su teatro todo.

## TORRELODONES: "SANTA TERESA"

En Torrelodones, sobre el apretado caserío uniforme, destaca la cúpula de un edificio de vieja traza castellana. Se llama esta quinta "Santa Teresa", y allí vivió durante unos cuantos años Ricardo León. Era éste, desde su juventud, un teresiano ferviente. Había nacido un 15 de octubre. El destino le marcaba así desde el primer día. Y la sombra de Teresa de Jesús le acompañó siempre, alta tutela, guía del alma, estrella.

Escribió allí alguna de sus novelas. Allí le llegó un día un ruido de voces estridentes, de fusiles, de camiones. Era la guerra. Quedó interrumpida la novela empezada. Bajo la tierra del jardín fueron escondidas las cuartillas entre una bandera española. La persecución cercaba al escritor. Hubo éste de abandonar aquellos primeros peldaños de la Sierra. Vino a Madrid y pudo hallar, finalmente, el refugio de una Embajada. Cuando con la paz se vió de nuevo libre, corrió hacia su quinta "Santa Teresa". Desenterró lo escondido tres años antes. Allí estaban las cuartillas de la novela empezada. Allí estaba la bandera. Acarició aquéllas, besó ésta. Y sus ojos y su espíritu, como tantas otras veces a lo largo de la vida, se alzaron conmovidamente hacia Teresa de Jesús.

## DON JACINTO, EN "EL TORREÓN"

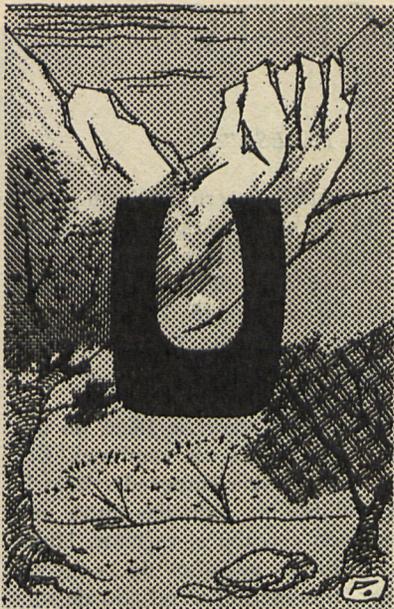
A la izquierda de la carretera que va a El Escorial, en lo alto, hay una finca con una vivienda en su centro. Es "El Torreón". Después de 1939, durante unos cuantos años, hasta la muerte, pasaba allí los estios don Jacinto Benavente. Era su descanso.

—La gente —contaba él— me dice: "¡Qué bien trabajará usted en el campo!" Y no es así. Al campo se viene a descansar, no a trabajar.

Sin embargo, allí fué pensada alguna comedia. Y hasta —en parte al menos— escrita. Don Jacinto —eso sí— prefería, en su paz de "El Torreón", pintar. Era su ilusión secreta, apenas conocida de las gentes. Esos pequeños cuadros decoraban luego estancias y pasillos de la casa. Entre ellos estaba un atardecer en la Sierra; un encendido desangrarse del sol sobre las cumbres serranas.

Transcurrió allí buena parte de los años últimos de don Jacinto. Cerca de él, la ferviente solicitud de la familia Hurtado. De vez en vez, llegaba algún amigo de Madrid. Las visitas se hacían más numerosas el día del cumpleaños, el 12 de agosto, y el del santo, cinco días más tarde, el 17. Don Jacinto era afable y sencillo con todos. Había en él, esos años últimos, una admirable y ejemplar humildad. Parecía como fundido con el silencio de la Sierra. "Vivir quiero conmigo —gozar quiero del bien que debo al cielo..."

Cuando se le acercó en Madrid la hora de la muerte, el escritor quiso que sus mortales restos fuesen trasladados al cementerio campesino de Galapagar, muy cercano al lugar en que vivió los años últimos. Y hacia la paz serrana de aquel pueblecito fué el menudo cuerpo una tarde de julio. Habían quedado atrás, en la ciudad, el cortejo oficial, las representaciones brillantes, la multitud. Ahora, con los amigos leales que desde Madrid habían venido, acompañaban a los restos del escritor las gentes de la Sierra, hombres y mujeres de los pueblos y los caseríos próximos. Diríanse —estampa auténtica, conmovido duelo popular— las gentes de "Señora Ama" y "La Malquerida".



## LA SIERRA

### Del Arcipreste a Leopoldo Panero

N poeta del siglo XIV, Juan Ruiz, cruza estos pasos de la Sierra: entra en las ventas, habla con caminantes y campesinos, soporta hielos y tempestades. De este del Arcipreste queda la huella en el "Libro del Buen Amor". Su verso

es, unas veces, grave y lento: la cuaderna vía. "Siempre ha la mala manera la Sierra e la altura;—si nieva o si yela, nunca da calentura..." Otras veces, el ritmo se hace ligero, y el verso corto vuela y salta, con garbo de cancioncilla: "Cerca la Tablada,—la Sierra pasada,—falleme con Aldara,—a la madrugada.—Encima del puerto—coidé ser muerto—de nieve e de frío—e dese rocío,—e de gran elada."

El encuentro con la serrana y la vaquera reflorece un siglo después en otro poeta. Don Iñigo, el Marqués de Santillana, ama también estas gargantas y estos valles de la Sierra. Como los del Arcipreste, los versos de Santillana citan concretamente nombres del paisaje: Lozoyuela, Mata el Espino, Robledillo, Navalagamella, Manzanares, Yelmo, Bustares... Y en ese paisaje, de vez en vez, el requiebro a la muchacha encontrada, acaso real, acaso sólo literaria. "Por todos estos pinares,—nin en Navalagamella,—no vi serrana más bella—que Menga de Manzanares."

Pero ese paisaje de la Sierra es duro y fuerte. Alturas y hielos, congostos y nieves no riman con la sensibilidad de los poetas posteriores. Prefieren éstos los sotos amables, los valles jugosos y las escondidas alamedas junto al río. El Guadarrama del Arcipreste y del Marqués desaparece, o casi desaparece, literariamente en la temática de después. Hay, sin embargo, latente, ignorada, una belleza que espera, como el arpa becqueriana, la mano que sepa arrancar la escondida melodía. Será siglos más tarde, a partir del 98, cuando esa melodía recóndita llegue a los versos de los nuevos poetas.

#### EL PELIGROSO TRANCE DE DON DIEGO

Un curioso tipo del siglo XVIII, don Diego de Torres y Villar Roel —escritor, catedrático, espíritu inquieto— va un día hacia la Sierra, camino de Avila. Le acompaña un criado. Es excelente el tiempo y nada hace temer que los riesgos frecuentes del camino —el frío, la nieve...— le salgan al paso. Trotan alegremente los caballos por las sendas serranas. Se ha hecho ya de noche. Los dos viajeros se pier-

den en el monte, en terreno que suponen próximo al Puerto ya. De pronto, lo imprevisto: don Diego y el criado caen al fondo de una trampa de lobos. Los pastores acostumbraban a tenderlas para librar a sus rebaños del acoso de aquellos animales. Allí pasan la noche los dos viajeros, que, sobre la incomodidad y el frío, tenían sobre sí el miedo: un terrible miedo de que pudiese caer en la trampa un lobo. Amaneció, por fin, y un ganadero de la comarca recogió a don Diego y su servidor. Estos descansaron en una casa próxima, tomaron unos tazones de leche, recuperaron fuerzas y ánimo y, unas horas más tarde, montaron de nuevo en los caballos y fueron por Peguerinos hacia Las Navas del Marqués. Hicieron noche aquí para continuar después a Avila. En la ciudad, pasado el riesgo, don Diego salpiementó con recuperado humor el episodio imprevisto de la trampa de lobos.

#### "CAMINO DE PERFECCION"

Son los escritores del 98 los que revalorizan literariamente la Sierra. Baroja, Antonio Machado, Carlos Fernández-Shaw recorren los viejos caminos que un día fueron contemplados por el Arcipreste y el Marqués, y nos dejan, en prosa o en verso, su descripción y su interpretación. Don Pío, en su novela "Camino de perfección", hace un detallado itinerario de la ruta entre Madrid y Segovia. El protagonista del libro, Fernando Ossorio, recorre los lugares que jalonan la senda hacia la ciudad del Acueducto: Fuencarral, Colmenar, Manzanares, Rascafría, Peñalara... La descripción que Baroja va haciendo del itinerario es minuciosísima. "Anochecido llegaron a la Laguna y anduvieron recorriendo los alrededores por todas partes, a ver si encontraban alguna cueva o socavón donde meterse. Era aquello un verdadero páramo, lleno de piedras, desabrigado; el viento, muy frío, azotaba allí con violencia." Ossorio, el protagonista, queda allí, "envuelto en la manta, contemplando el paisaje a la vaga luz de las estrellas. Era un paisaje extraño, un paisaje cósmico, algo como un lugar de planeta inhabitado, de la Tierra en las edades geológicas del ictiosauros y plesiosauros. En la superficie de la laguna larga y estrecha no se movía ni una onda; en su seno, oscuro, insondable, brillaban dormidas miles de estrellas. La orilla, quebrada e irregular, no tenía a sus lados ni arbustos ni matas; estaba desnuda".

Los hielos del Guadarrama pasan también por la prosa de Valle-Inclán. "Marzo y abril —escribe en "La corte de los milagros"—, siempre ventosos en sus idus, suelen decli-

nar cierzos y nieves sobre la Corte de España. Los azules fillos serranos en estas lunas se llevan del mundo a muchos viejos de catarro y asma. Así, de un aire, acabó sus empresas políticas y sus bravatas de jácara el excelentísimo señor don Ramón María Narváez. ¡Guadarrama de azules lejanos, fríos y claros como el alma de los criminales, por tu culpa lloran los azules ojos de la Reina de España! Tus colados fillos segaron la flor de la canela para entregarla a pasto de gusanos.”

#### LOS POETAS

Pero son, sobre todo, los poetas quienes revalorizan literariamente la Sierra. Enrique de Mesa, Carlos Fernández-Shaw, Ramón de Basterra, Antonio Machado, Luis Fernández Ardavín, Antonio Andión, entre ellos, llevan a sus versos, con intensidad y extensión distintas, la belleza de la Sierra, grave unas veces, brillante y alegre otras. Ya no es solamente la descripción del paisaje, su pintura, sino que monte, árbol y viento se funden con el propio espíritu del poeta. El paisaje viene a ser, de ese modo, como Amiel decía, un estado de alma.

Y esa interpretación subjetiva de la cumbre se prolonga después en los poetas ya de nuestros días. Entre ellos está

Leopoldo Panero, a quien se deben algunas de las mejores glosas líricas del paisaje serrano:

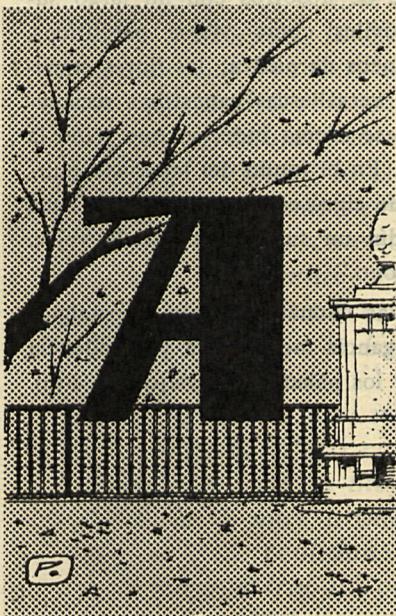
*“Camino del Guadarrama,  
camino largo del sueño,  
entre el frescor de la nieve  
te busco, mas no te encuentro.*

*El viento cortó los tallos  
de la esperanza en silencio,  
y van mis pies caminando  
sin encontrar el sendero.*

*Camino de Guadarrama,  
la triste altura del cielo,  
y entre rumor de las hojas  
la soledad de mi pecho.*

*El viento cortó los tallos  
y brota tu aroma dentro,  
camino de Guadarrama  
tengo esta pena que tengo.”*

Otro poeta de hoy, José Luis Prado Nogueira, ha dado en su “Oratorio del Guadarrama” una honda, delicada, sensible interpretación de estas cumbres. En sus versos, los viejos, entrañables nombres: La Maliciosa y La Fuenfría, Siete Picos y Peñalara, Maliciosa y Montón de Trigo.



## VALLE-INCLAN, «LAS SONATAS» Y ARANJUEZ

ALCALÁ de Henares es, en lo literario, la sombra de Miguel de Cervantes. No importa que sea tan escasa la presencia material del escritor en la villa. Sobre la letra, siempre, el espíritu. Y el alma del creador de Don Quijote

está allí, junto a las viejas piedras y en las riberas jalonadas de chopos. En la capilla del Oidor, de la parroquia de Santa María, fué bautizado Miguel. La vida le llevó luego por otros caminos, alejados del lugar natal. Y, sin embargo, Alcalá quedó como impregnada para siempre de la misteriosa e impalpable esencia cervantina. La villa tiene muchas y bellas cosas. Pero tiene, sobre todo, invisible y cierta aquella gran sombra del escritor. Uno de los poetas que más finamente han sabido cantar el encanto de Alcalá de Henares, Enrique de Mesa, lo dijo un día:

*“Y sentir en la paz de la mañana  
—serenos caminantes—  
sobre el dolor y la estulticia humana  
la sonrisa piadosa de Cervantes.”*

#### TORRELAGUNA Y BATRES

En paisaje muy distinto del de Alcalá, en Torrelaguna vino a morir un día otro escritor, Juan de Mena. Abunda la villa en nobles recuerdos históricos. Nacieron allí Santa María de la Cabeza y el Cardenal Cisneros. Allí padeció prisión el Arzobispo de Toledo don Bartolomé Carranza. Y allí entró en la suprema paz aquel poeta de la Corte de Juan II, Mena, que fué secretario de cartas latinas del Rey y que llevó a sus versos ese énfasis y esa preocupación verbal que parecen ser característicos de los escritores de Córdoba: desde Séneca a Góngora.

En la capilla de San Felipe, de la iglesia mayor de la villa —uno de los más bellos templos de la provincia—, hay, desde hace veinte años, una lápida dedicada al autor del

“Laberinto”. En ella se lee: “Aquí yacen los restos del poeta Juan de Mena. Dedicole esta lápida la Real Academia Española.”

A catorce kilómetros de Navalcarnero se halla el castillo de Batres, unido también a otros recuerdos literarios. Uno de los más interesantes personajes de aquella Corte de don Juan II, Fernán Pérez de Guzmán, fué tercer señor de Batres, y aquí, en el castillo que se alza todavía, se refugió, por su enemistad con don Alvaro de Luna, privado de aquel Rey de Castilla. En esta fortaleza trabajó y escribió Pérez de Guzmán, sin cortar, pese a la reclusión, su trato con gentes de importancia: entre éstas, el Marqués de Santillana, que era sobrino suyo.

Y en una fuente próxima al castillo se halla una placa que recuerda a Garcilaso. La tradición dice que el poeta que amó a Isabel Freyre paseaba por aquí, pretendiendo melancolías en el vuelo de las aves y el temblor de los álamos. En el siglo XVII un grupo de poetas —Góngora a la cabeza— rinde homenaje a Garcilaso en la fuente próxima al castillo. Y en lápidas de mármol quedan inscritos unos versos que hoy pueden leerse todavía, aunque difícilmente, por la acción del tiempo.

#### DE SOLANA A VALLE-INCLAN

José Gutiérrez Solana recorrió muchos caminos de la provincia. Entre ellos, Colmenar y Buitrago, a los que retrató con pluma intensa y descarnada. Al escribir sobre el castillo de este último lugar, dice que “se ven los cubos de piedra cenicienta y carcomida con grandes mordiscos por la acción del tiempo; de esta muralla que rodea a Buitrago, casi derruída por algunos sitios, no se ven más que picos a ras del suelo, como restos de una muela podrida en la boca de un anciano”.

Saltemos ahora del Norte al Sur, de los peldaños de la Sierra a la vega jugosa que mira hacia Toledo: Aranjuez. ¿Cuántos elogios se habrán tejido en honor de sus jardines? ¿Cuántas palabras habrá inspirado su verde gracia vegetal?

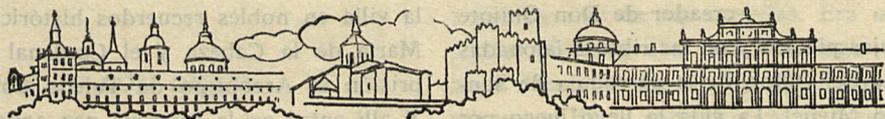
Es larga la proyección literaria, pictórica y musical de Aranjuez: versos de Hurtado de Mendoza, de Villamediana, de Forner; lienzos de Rusiñol; “Concierto”, de Joaquín Rodrigo. Aquí se celebra un resonante banquete a “Azorín”, quien pronuncia a los postres un muy comentado discurso. Agustín de Foxá hace pasar la fragante sombra del real si-

tio por sus redondillas del “tren de la fresa”, en “Baile en Capitanía”. Y Aranjuez se une también a la figura de don Ramón del Valle-Inclán.

Encantaba a este escritor el lugar madrileño. Iban bien al espíritu de don Ramón la melancolía de aquellos jardines en el otoño, la emoción evocadora de los palacios. En los primeros años del siglo, singularmente —don Ramón en plena batalla literaria—, el escritor se trasladaba con frecuencia al real sitio. En las tertulias de los cafés madrileños se gastaban estérilmente muchas horas. Se hacía necesario liberarse de vez en vez de aquella gozosa cadena de palabras. Y, de los sitios cercanos a Madrid, Aranjuez era el que mejor rimaba con la manera valle-inclanesca. Vivía entonces el modernismo su hora máxima. Los gustos, los fondos, los enfoques de la nueva escuela encajaban más adecuadamente con el primor decorativo de Aranjuez que con la pesadumbre y la rigidez gloriosas de El Escorial, por ejemplo.

Se alojaba Valle-Inclán en el hotel Pastor: lo que fué un día palacio de Godoy. Nacieron allí algunas partes de las “Sonatas”. No es difícil encontrar una resonancia de los jardines y los palacios de Aranjuez en algunas de aquellas páginas. “El jardín y el palacio —escribe una día— tenían esa vejez señorial y melancólica de los lugares por donde en otro tiempo pasó la vida amable de la galantería y del amor. Bajo la fronda de aquel laberinto, sobre las terrazas y en los salones, habían florecido las risas y los madrigales, cuando las manos blancas que en los viejos retratos sostienen apenas los pañuelitos de encaje iban deshojando las margaritas que guardan el cándido secreto de los corazones.” Y en otra página de la misma “Sonata de otoño” se lee: “Las carreras estaban cubiertas de hojas secas y amarillentas, que el viento arrastraba delante de nosotros con un largo susurro; los caracoles, inmóviles como viejos paralíticos, tomaban el sol sobre los bancos de piedra; las flores empezaban a marchitarse en las versallescas canastillas recamadas de mirto, y exhalaban ese aroma indeciso que tiene la melancolía de los recuerdos. En el fondo del laberinto murmuraba la fuente, rodeada de cipreses, y el arrullo del agua parecía difundir por el jardín un sueño pacífico de vejez, de recogimiento y de abandono.”

Fluye a estas páginas de las “Sonatas” el alma nostálgica de Aranjuez: cuanto de elegancia melancólica y decadencia otoñal hay en los jardines y los palacios del viejo real sitio.



# El inmenso valor de los sueños

EXPLICACION DE LA PORTADA

bajo de ese equipo de hombres valiosos que en la actualidad forma la Corporación Provincial, las graves dificultades que se oponían a la realización de lo proyectado —desde falta de medios económicos hasta trabas de tipo administrativo—, y al salvarse con la cooperación de todos —Diputados y funcionarios— tan grandes obstáculos, la obra, por fortuna, está a punto de lograrse. Y así, una vez cumplidos todos los trámites con absoluta legalidad, la obra ha comenzado silenciosamente, sin alharacas de primeras piedras, un ritmo activo, alentador, que nos permite anunciar dos cosas bien importantes: en primer término, que el día 12 de abril se iniciarán las obras, y en segundo lugar, que éstas, en cuanto a su primera fase se refiere, se terminarán en un período relativamente corto, inferior, desde luego, al tiempo previsto. En fin, una obra que por tantos motivos nos gusta. Y que nos complace el mostrarla al gran público. Una obra que es, sin duda alguna, arquitectónica y técnicamente perfecta. Y que nos agrada todavía más, mucho más, porque nos ha devuelto la fe en el hombre que sabe enfrentarse con las cosas difíciles y dominarlas con voluntad e inteligencia. Y porque, además, nos ha demostrado la eficacia del esfuerzo común, de la labor de los hombres que trabajan en equipo.

No tardando, la Ciudad Sanitaria Provincial "Francisco Franco" será una bella realidad. En ella se pondrá remedio a las enfermedades y al dolor; se hablará de la eficiencia de sus servicios; se elogiará la ciencia de los doctores que integran su cuadro profesional y se ensalzará la abnegación de cuantos presten su ayuda a la población doliente. Pasará el tiempo y las alabanzas se multiplicarán. De esto, aunque tan sólo sea porque la Ciudad Sanitaria Provincial "Francisco Franco" está concebida para que funcione como una institución modelo, estamos bien seguros. Pero como igualmente tenemos la certeza de que la mente humana es olvidadiza, también es muy probable que ésta se olvide de quien hizo realidad tan magnífica obra. Un hombre que trabajó con voluntad, entusiasmo y amor. Sin desfallecimientos. Es probable, muy probable que así ocurra. Ni nos extraña ni es para lamentarse. Es más, tal vez por lo mismo esta obra nos gusta más. Por estar concebida con íntegro desinterés, con absoluta independencia de esos factores que suelen mover a la Humanidad. Si, así será; pero el buen vino nadie lo ignora, no necesita de elogios.